

K. Castro.

23.7.73  
Sala J. Ministro

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON FERNANDO CASTILLO VELASCO RECTOR DE LA  
UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE, EN LA SESION INAUGURAL DEL SEMINARIO  
"VARIABLES POLITICAS DE LA INTEGRACION ANDINA"

Señores, señoras:

Les saluda en nombre de la Universidad Católica de Chile, al inaugurar oficialmente el Seminario sobre "Variables Políticas de la Integración Andina". Saludo a todos los participantes, y doy la más cordial bienvenida a aquéllos que han acudido desde países hermanos.

Permítanme ustedes algunas reflexiones personales, nacidas de la experiencia universitaria y del deseo apasionado por contribuir a la liberación del pueblo americano, cuyo nombre no se invoca en vano, cuyo destino está en las manos de sus hombres forjar.

América es una tierra de esperanzas, desolada por un presente que duele y que existe en todas las latitudes de nuestra geografía. Lo expresan en su lenguaje de números y constataciones, los múltiples informes de gobiernos, organismos internacionales e institutos universitarios. Lo dice con la voz de la poesía nuestra literatura. Lo afirmaron hace un tiempo los Obispos de la Iglesia Católica Latinoamericana, reunidos en Medellín. Ellos señalaron estos aspectos entre otros que "constituyen una amenaza o una negación de la paz".

- 1.- "Las diversas formas de marginalidad: socioeconómicas, políticas, culturales, raciales, religiosas, tanto en las zonas urbanas como en las rurales";
- 2.- Las "desigualdades excesivas entre las clases sociales";
- 3.- Las "frustraciones crecientes";
- 4.- Las "formas de opresión de grupos y sectores dominantes" que no es raro que, "con excepción de algunas minorías lúcidas, califiquen de acción subversiva todo intento de cambiar un sistema social que favorece la permanencia de sus privilegios";

Además, los Obispos señalaron con precisión las peligrosas "tensiones interracionales y el neocolonialismo externo", que se traducía, según sus propias palabras, en :

- 1.- "Distorsión creciente del comercio internacional";
- 2.- "Fuga de capitales económicos y humanos";
- 3.- "Evasión de impuestos y fuga de ganancias y dividendos";

4.- "Endeudamiento progresivo";

5.- "Monopolios internacionales e imperialismo internacional del dinero".

En estas circunstancias - así enunciadas por los Obispos - la paz se ve negada y la vida humana sólo adquiere valor como rebeldía, como afán auténtico de liberación. La hora de América es la hora de esa rebeldía, expresada bajo mil formas. Es el tiempo de una historia que hoy se acelera y empieza a reflejar el rostro del pueblo, su deseo de vivir con dignidad, sus luchas por conquistar un mundo humano en la justicia. Como siempre ocurrió antes, del sufrimiento nacerá el nuevo orden.

Dentro del movimiento más profundo de nuestro continente, un fenómeno se ha gestado entre muchos y adquiere un valor creciente: es el afán de unidad americana, de solidaridad entre las naciones, de hermandad entre los pueblos. Es el sueño de Bolívar que aparece otra vez sobre el horizonte de nuestras tierras: "una sola debe ser la patria de todos los americanos...". La integración andina es un paso en esa dirección. Un paso importante. La inauguración de un camino que será necesario recorrer.

Que ustedes se reúnan hoy para estudiar y debatir el tema de "las variables políticas" de dicho proceso de integración, es una prueba más de que surge una nueva conciencia y que ella ha penetrado también el ámbito universitario. La Universidad Católica de Chile no está al margen de este proceso; quiere servirlo y apoyarlo. Por eso les agradezco esta reunión.

Convocados por un imperativo de unidad los países andinos han acordado políticas y mecanismos específicos de integración. Lo han hecho reconociendo las particularidades de cada nación y respetando la pluralidad de regímenes económicos y políticos imperantes en la región. Sin embargo, hay todavía una profunda decisión política que será necesario hacer y que finalmente orientará el destino histórico de la integración andina y americana. Me refiero a la cuestión central de nuestro desarrollo como naciones. Durante mucho tiempo se identificó el crecimiento económico con el desarrollo social. Se pensó que un aumento en la cantidad del desarrollo - más ingreso por personas, mayor producción y productividad, más bienes disponibles - significaría

necesaria e inmediatamente un aumento cualitativo de la vida. La ideología del crecimiento económico indefinido, ideología optimista e "inocente" afirmaba que - más tarde o más temprano - todas las necesidades serían satisfechas en el marco de una economía moderna, en permanente progreso. Esta ideología, que hasta ayer parecía irrefutable, hoy es discutida y rebatida; cede ante los hechos que la niegan y contradicen, y lenta pero seguramente se desmorona dejando tras de sí un vacío hecho de ilusiones y de espectros; y la presencia de un mundo desformado por el desarrollo: gigantescas empresas internacionales que amenazan la estabilidad política de los países y escapan a todo control razonable; destrucción de la naturaleza y sus recursos; malestar urbano; desigualdad cada vez más hondas entre los países: gérmenes de rebeldía y frustración crecientes en los propios centros industrializados; manipulación en todas las esferas de la vida personal y social por los aparatos y organizaciones basadas en la moderna tecnología.

Todavía muchos alientan para América Latina una esperanza basada en esa ideología optimista del crecimiento económico. Todavía son muchos los que muestran con orgullo cómo nuestros países pueden repetir a escala menor lo que otros países industrializados tienen en cantidad: las enormes usinas, las modernas carreteras, las ciudades gigantes, los hogares con un televisor, que mañana también será capaz de transmitir imágenes en colores. ¿Acaso la integración de nuestros países deberá ser un nuevo aliciente para este tipo de desarrollo? ¿Acaso nuestra solidaridad deberá volcarse en la dirección de un desarrollo económico, que necesariamente produce y reproduce en otras formas las antiguas miserias y agrega nuevas amenazas, riesgos y limitaciones a la vida del hombre? O bien la unidad americana, y por cierto la unidad andina, servirá para generar un nuevo consenso y una nueva manera de mirar el desarrollo. Una forma más audaz, de construir el futuro, menos espectacular tal vez, pero más enraizada en la realidad de nuestra historia y la vigencia de nuestro presente.

Pensamos que hay en cada país un potencial enorme de crecimiento cualitativo, y no sólo cuantitativo de la vida.

Imaginamos una revolución basada primeramente sobre un esfuerzo de imaginación y meditación sobre lo que somos, encaminados a redefinir

los productos básicos de nuestras economías, dejando de lado el espejismo de la acumulación de capitales para la incorporación de tecnologías altamente complejas, que en general sólo nos permiten producir bienes que otros saben hacer mejor. Muchos de esos bienes, por lo demás, son requeridos solamente por sociedades que ya ingresaron en la dudosa espiral del desarrollo o de la post-industrialización, y que para nosotros incluso serían prescindibles.

Imaginamos naciones que redescubren sus auténticas necesidades humanas y el modo de satisfacerlas - cual es la pregunta económica por excelencia - a partir de lo que son sus comunidades locales, su historia, su cultura y su ámbito físico.

Imaginamos naciones andinas que descubren su vocación en las mesetas y los valles, aún en los rincones más apartados de la cordillera y la costa, y que instalan en cada lugar un trabajo productivo, a la vez hermosos y humano, digno y no esclavizante. No podemos aceptar como único destino la industrialización desatada, de la cual hoy empiezan a dudar las sociedades desarrolladas y post-industriales sólo después de haber cometido errores muchas veces irreparables y estar llevando al mundo hasta el borde del abismo de la muerte biológica. Porque esa industrialización además despersonaliza y subyuga a los mismos hombres.

Imaginamos ciudades construídas sobre bases sanas, sin periferias y en claves de miseria; pero tampoco ciudades - vilrieras, dispuestas para hacer brillar el consumo posible; centros de atracción y concentración de las riquezas, de la cultura y de las decisiones; verdaderas potencias coloniales respecto del propio territorio del país.

Tenemos fé también que este regreso esencial a lo que somos como hombres americanos nos puede llevar a insospechados horizontes de riquezas en el verdadero sentido humano, tanto en lo espiritual como en lo material. Muchos estudios demuestran que obtendríamos más divisas y mejores productos de nuestra propia artesanía ó de nuestra tierra, que de muchos productos industriales de alta concentración de capital y tecnología. Son invaluable nuestros recursos, nuestras habilidades, nuestros productos típicos y nuestros secretos. Cada día tienen también más valor frente a un mundo desarrollado que hoy debe detener su loca vorágine.

Imaginamos, en suma, vías alternativas de desarrollo que sin aislarnos del mundo, nos permitan a la vez ofrecer y oponer nuestra propia

historia; que, sin renunciar a avances característicos de la civilización contemporánea, los integren creadoramente y aporten a la civilización formas diversas de apreciar al hombre, y de cultivar la naturaleza y los valores que Dios nos ha legado para nuestro gozo y el de las futuras generaciones.

Mis palabras no son otra cosa que una reflexión hecha frente a ustedes, y reflejan el deseo de expresar - casi en metáforas, sólo insinuando - un punto de vista que tengo la certeza preocupa a muchos y debiera preocupar a todos.

Al declarar oficialmente inaugurado este Seminario, les reitero en nombre de la Universidad nuestro saludo y les invito a un trabajo del que esperamos los mejores resultados.

PATRIMONIO UC

Santiago, Julio 23, 1973.